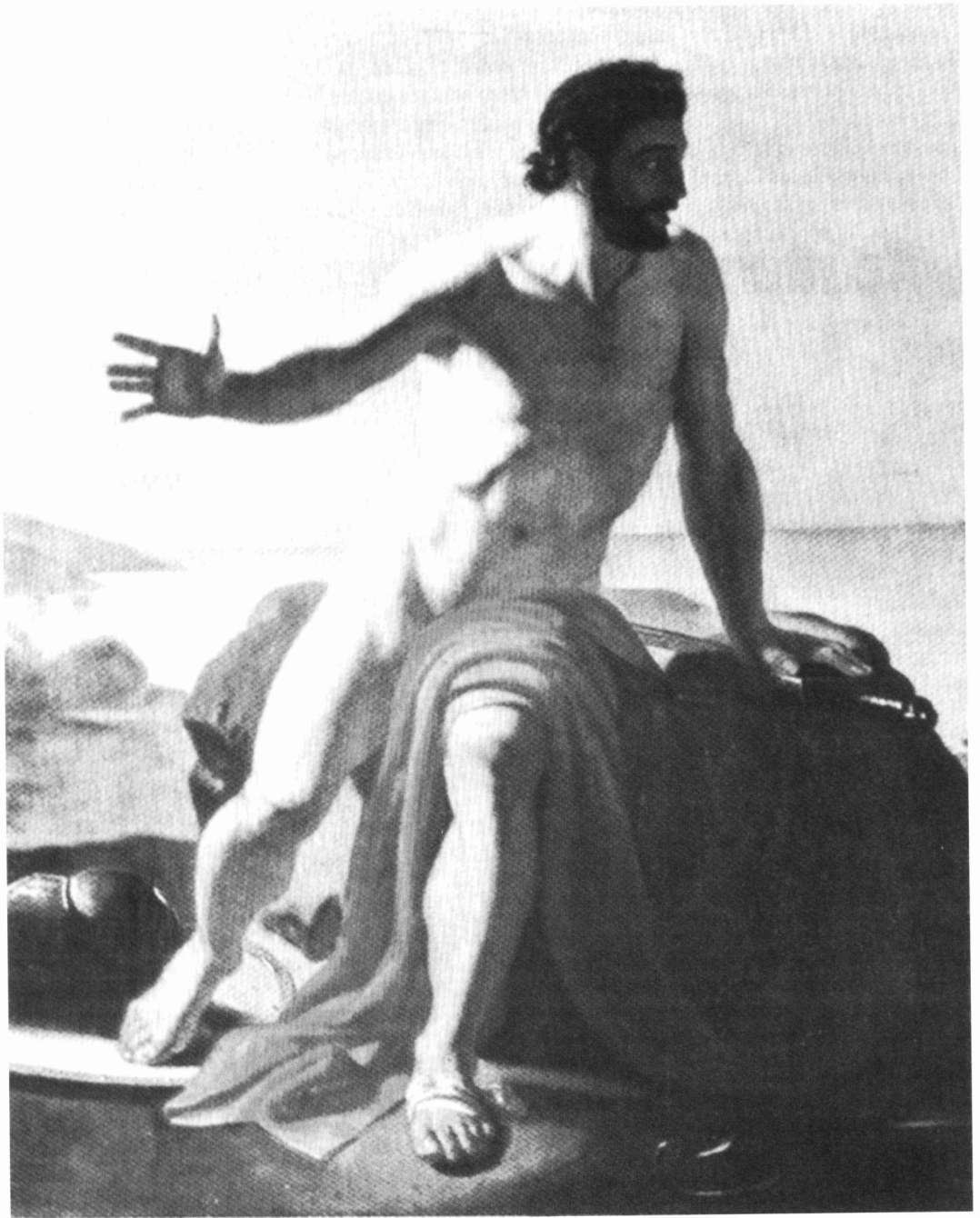


---

D O S S I E R

**Academias y academicismos  
en Iberoamérica**



**A**n-te la inestabilidad de los tiempos el arte respondió con serenidad. Los años finales del siglo XVIII y los primeros del siglo XIX tienen en común en las antiguas colonias de la corona española el surgimiento del sentimiento criollo nacional y de los primeros brotes insurgentes. También tienen en común el éxito y el fracaso en el establecimiento de una institución artística reguladora en los distintos territorios. Primero surgen como consecuencia del espíritu de reforma borbónico, por iniciativa de los artistas con el apoyo virreinal, pero siempre dependientes de una “Academia madre”, la de San Fernando de Madrid. Madre tiránica que no dejaba a sus hijos crecer en libertad, sino bajo el estrecho corsé de la pintura académica neoclásica, bajo el dictado de las ideas de Mengs. Destructora también, acabando con el legado barroco, en su búsqueda por la serenidad clásica. Un sosiego que vino sin embargo a ser el mejor traje para vestir a los nuevos ciudadanos, héroes, gobernantes, cuyas virtudes republicanas rememoraban aquellas de la Antigüedad. Nuevas formas para nuevos tiempos.

Unas nuevas formas importadas de Europa que efectivamente chocaron con nuevos tiempos en Iberoamérica, tiempos de surgimiento de conciencia nacional, de luchas independentistas. Ello provocó inestabilidad y muchas dificultades para iniciar la enseñanza artística reglada. Frente al férreo control por parte de los Borbones, que alcanzaba así al campo artístico, los americanos lucharon por hacer valer sus propios valores. Las propias Academias se encargaron de educar a mestizos e indígenas a través del sistema de pensionados, contrariamente a lo que habían establecido las ordenanzas de los gremios coloniales. Una formación basada en la férrea tiranía de la práctica constante del dibujo.

Las expediciones científicas, necesitadas de dibujantes y acuarelistas con gran dominio de su oficio, constituyeron un elemento importante de potenciación de las Academias y de sus primeros alumnos. Resultado de los largos periplos por las costas y parajes americanos fueron las magníficas colecciones de acuarelas de la flora y fauna americanas que abrieron los ojos de los europeos a la variedad y a la riqueza del continente. Precisamente atraídos por estas noticias numerosos artistas viajeros europeos recorrieron los territorios americanos durante los años finales del siglo XVIII y durante casi todo el siglo XIX dejando constancia, no sólo documental, sino particularmente artística de los cambios sociales, políticos, económicos y culturales de las diversas naciones. Al mismo tiempo constituían una importante vía de penetración de las novedades artísticas, de tal modo que durante todo el siglo XIX Europa continuó siendo el referente artístico de todas las instituciones artísticas americanas, que seguían enviando allí a sus alumnos y pensionados a formarse.

Sin embargo, la adopción de las formas classicistas aprendidas y de la jerarquía de géneros dominante en las academias europeas, no supuso la asunción de la temática intrínseca de la cultura europea. Los académicos americanos recurrieron como tema a los rasgos de sus propios héroes, a su rica y dramática Historia, a su variado folklore, e incluso a temas bíblicos escondiendo trasuntos políticos propios, temas que acusarán un mayor contenido social conforme avance el siglo.

El dossier bajo el título general de “Academia y academicismos en Iberoamérica en el siglo XIX” consta de cinco artículos realizados por investigadores especializados en los diferentes territorios. Con el criterio cronológico de la primera fundación oficial el dossier comienza con la más temprana de las Academias fundadas en territorio iberoamericano, la Real Academia de San Carlos de México, oficialmente constituida en 1783. Esta institución ha sido abordada distinguiendo la enseñanza de dos de sus ramas principales: el grabado y la pintura. Así la profesora e investigadora de la University of North Texas Kelly Donahue-Wallace aborda la enseñanza del grabado en San Carlos y las dificultades encontradas en los primeros tiempos, desde el año de su fundación hasta 1810, etapa en la que se inicia la insurgencia. Una enseñanza basada en los métodos implantados en las academias europeas y en el estudio de tratados artísticos clásicos. La autora se detiene así mismo en algunos de los pensionados más destacados, como José Mariano del Águila, Manuel López López o José María Montes de Oca. Su estudio revela también las desavenencias entre las distintas ramas, ya que el grabado era considerada una disciplina inferior, puesto que seguía unida a cierta actividad mecánica.

La enseñanza y las dificultades en el establecimiento de la rama de pintura en la Academia mexicana son abordados por la que suscribe, Inmaculada Rodríguez Moya. El estudio se centra en la especial relación de dependencia entre la San Carlos de México y la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, dependencia estética e incluso política, que dificultó la elección o la destitución de los profesores que la Academia mexica-

na considerara oportuno, dificultando así la fluidez en la enseñanza de la pintura. A estos inconvenientes se sumaron los económicos, causados por los años de inestabilidad y por el abandono de la “Academia madre” una vez comenzadas las contrariedades. A pesar de ello, se destacan las realizaciones pictóricas tanto de los profesores españoles como de los primeros alumnos formados en sus aulas.

Ricardo Estabridis Cárdenas, profesor e investigador de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos dedica su artículo al tema de las “Academias y academicismos en Lima decimonónica”. Para ello sienta las bases del desarrollo artístico académico limeño en el siglo XIX sobre lo acontecido en los siglos anteriores, especialmente en el XVIII, en talleres y gremios. En Lima, como en otras capitales americanas, destaca una figura señera en el proceso de creación de la Academia, el sevillano José del Pozo. Este artista decidió abrir en 1791 una Escuela de Diseño. Otra primitiva Academia de Dibujo y Pintura fue fundada por el pintor quiteño Francisco Javier Cortés en los primeros años del siglo XIX, pero la voráGINE política de estos años dificultó su sustento. Otro artista, José Gil de Castro, en el tránsito al nuevo siglo consiguió captar a la nueva clase social surgida de la Independencia en composiciones de tono neoclásico pero con una fuerte impronta mestiza. El autor destaca así mismo a pintores ya plenamente decimonónicos, como Ignacio Merino, Francisco Laso y Luis Montero, que renegaron de las formas precedentes para adoptar una pintura de corte romántico clasicista, para representar a sus congéneres, acontecimientos históricos de su pasado prehispánico y colonial y escenas costumbristas.

La profesora del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad de Chile Isabel Cruz de Amenábar analiza en su artículo el proyecto civilizador de las Bellas Artes en el Chile republicano del artista italiano Alejandro Cicarelli, con el sugestivo título de “La Atenas del Pacífico”. Cicarelli fue el fundador de la Academia de Pintura de Santiago en 1849, en el discurso de inauguración que corrió a su cargo se intuye la fuerte inspiración que el artista recibió del alemán Winckelmann. El proyecto de Cicarelli estaba impregnado de las concepciones deterministas del clima sobre las producciones humanas heredadas del mundo grecorromano y de la visión eurocéntrica de la cultura hispanoamericana, casi como aculturación, incluso negando el rico legado barroco. Estas ideas llevaban pareja una esperanza civilizatoria e inaugural del arte chileno con el trasplante del arte griego sobre la base de la libertad recién adquirida que hacía tabla rasa, en la esperanza de la adquisición de un reconocimiento internacional gracias al arte. En sus propuestas las categorías estéticas de lo sublime, de lo bello ideal y de la racionalidad son fundamentales, así como la importancia del dibujo y los valores de la época: el cristianismo, el espíritu ilustrado, la ciencia, la industria.

Amplía la visión del arte académico en el cono sur el profesor e investigador de la Universidad de Granada Rodrigo Gutiérrez Viñuales. Bajo el título “Arte y vida académica en la Argentina. Vicisitudes de una experiencia tardía” traza los infructuosos intentos por crear diversas escuelas y academias de arte en la Argentina, que se encontraron con las dificultades comunes del periodo: los tiempos inciertos y la penuria económica, que no permitieron pasar más allá de la mera copia de grabados. Iniciada la vida independiente de la nación eran los artistas que regresaban de Europa tras ampliar su formación los que impulsaban los proyectos para crear una Academia de Bellas Artes. No fue hasta 1876 con la creación de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes que el proyecto comenzó su andadura, fundándose en 1878 la Escuela libre de Bellas Artes y buscando constantemente el apoyo oficial. Finalmente la institución recibió el reconocimiento del gobierno pasando a ser la Academia Nacional de Bellas Artes, no sin antes haber sufrido la inestabilidad y la no consecución de sus iniciativas ante la falta de apoyo gubernamental. Pero para entonces el influjo académico resultó ser escaso, dados los aires renovadores que desde Europa inundaron la Argentina.

Esperamos que este dossier proporcione al lector una visión de conjunto del fenómeno artístico en la etapa de predominio académico en Iberoamérica. Un periodo sumamente interesante, pues coincide con el proceso emancipador y con el difícil nacimiento de las repúblicas iberoamericanas. Frente a las academias europeas, nacidas por iniciativa real, y por tanto con su apoyo económico pero también con su control artístico, las academias iberoamericanas se encuentran con la incertidumbre de su pervivencia pero con un espíritu inflamador y esperanzado de los progresos de la nación libre a través del arte.

INMACULADA RODRÍGUEZ MOYA